

CRISTO. Valor, esposa.
 NINFA. Mi espíritu os encomiendo.
 (Ciérrase la cortina como se abrió.)
 CARLOS. ¡Oh, prodigio soberano!
 Altos son vuestros secretos,
 DUQUESA. Señor, notables favores
 á una mujer habéis hecho.
 CARLOS. Esto el cielo ha permitido,
 Diana, para bien nuestro.
 Perdonad, que yo daré
 de mi vida tal ejemplo
 que admire mi penitencia.

Llevemos el santo cuerpo
 para que dé admiración
 la santidad y el suceso.
 DUQUESA. Con la majestad debida
 y ostentación la llevemos
 para patrona.
 CARLOS. Y aquí
 da fin *La Ninfa del Cielo*,
 cuya prodigiosa vida,
 por caso admirable y nuevo,
 Ludovico Blosio escribe
 en sus morales ejemplos.

EL HONROSO ATREVIMIENTO

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA (1)

LISAURO.	DOS EMBAJADORES (VENECIANOS).
CANDADO, gracioso	VERINO.
EL DUQUE DE FERRARA.	DIODORO.
HONORATO, viejo.	FULGENCIA, mujer de Lisauro.
EL DUX DE VENECIA.	EFIGENCIA, su hija.
MARCIO, gentilhombre.	DECIO.
LELIO, caballero.	JULIO.
FILIBERTO, caballero.	

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen LISAURO, como en su casa; HONORATO, viejo;
 DIODORO y VERINO, desenvainadas las espadas.

LISAURO.

Cogido nos habéis de sobresalto,
 y del són que venís tanto me pesa
 cuanto me hallo de socorro falto.

HONORATO.

El peligro, Lisauro, nos da priesa;
 siguiendo me vendrán desde Rialto
 mis enemigos, que tendrán la presa
 por cierta, y su venganza por sin duda,
 si no nos dáis para huir ayuda.

LISAURO.

Acostados están todos en casa,
 y no os será seguro el despertarlos,
 ni mientras el furor que tenéis pasa
 de Venecia os podrán sacar caballos,
 porque en ella la tierra es tan escasa
 cuanto pródigo el mar por excusallos:

que es tan casero y manso aquí que fragua,
 cual veis, en vez de piedras, calles de agua.
 Mas, ¿qué ocasión la ha dado á que el consejo
 de vuestras canas no haya reprimido
 vuestro enojo, Honorato?

HONORATO.

Es en el viejo

la ira más cruel, cuando, atrevido
 el mozo á su respeto, que de espejo
 le ha de servir, se arroja: hame ofendido
 un mozo mercader; pero ¿qué importa
 ser hielo la vejez si el hielo corta?
 Averiguando cuentas Feliciano
 conmigo, porque aquesta señoría
 en Marte y en Mercurio cortesano
 funda la dicha de su monarquía,
 quiso, tras un mentís, alzar la mano;
 pero la mía, aunque caduca y fría,
 sacó la daga que en su pecho necio
 vengó su atrevimiento y mi desprecio.
 Acudieron sus deudos y parientes,
 y tomando por suya aquesta ofensa,
 sacaron armas, convocaron gentes,
 y la que vino fué, Lisauro, inmensa;
 mas Verino y Diodoro que, obedientes,
 dieron á mi valor nueva defensa
 y á su amor filial fama debida,

(1) Figuran además MARCELO, un CRIADO; LABRADORES y SOLDADOS.

vida me dieron, si les di la vida.
Sacáronme en los brazos, y saltando
en una de las góndolas compuestas
que, en vez de coches, olas van surcando
por calles de agua á su humedad opuestas,
á pesar de los deudos que gritando
hacían sus injurias manifiestas,
doblando esquinas, con la noche oscura
nos trajo á vuestra casa mi ventura.
Considera cuán cierta está mi muerte
si no me da favor vuestra nobleza.

LISAURO.

Aunque el Senado de la misma suerte
castiga á quien ayuda la flaqueza
del que huye su rigor; por ser tan fuerte
la ocasión y importaros la presteza,
por lo menos la vida, noble viejo,
obras os quiero dar, palabras deo.
En mi góndola entrad los tres conmigo,
que, con la oscuridad, de marineros
vestidos, llegaremos á Rovigo,
seguro asilo de sucesos fieros;
en ella os dejaré, Honorato amigo,
crédito en mercaderes y dineros,
que la justicia ya os tendrá embargada
vuestra copiosa hacienda, bien ganada.

HONORATO.

No es bien que tal valor, Lisauro, ofenda
con agradecimientos que, prolijos,
del lisonjero suelen ser la hacienda,
pagando en viento beneficios fijos;
si permite la ley que un padre venda
en la necesidad sus mismos hijos,
estos mis hijos son, servíos con ellos,
aunque no es presentároslos vendellos.

VERINO.

En el cielo, Lisauro amigo, espero
que ocasión me dará en que satisfaga
la merced que al silencio dejar quiero.

DIÓDORO.

Si Aristóteles dijo que no hay paga
que iguale al beneficio que es primero,
pues por más que un amigo después haga,
siempre se queda en pie el habelle dado
su amigo el beneficio adelantado,
mal podremos pagar; mas quien ofrece
lo que tiene, Lisauro, libre queda.

LISAURO.

Tiempo habrá, amigo, aunque veis florece (1)
mi dicha, en que cobrar de los tres pueda
esta amistad que vuestra fe merece;
y quiera Dios no sea en la moneda
misma que os doy.

HONORATO.

Las almas obligamos.

LISAURO.

Segura es la hipoteca; vamos.

TODOS.

Vamos. (Vanse.)

(1) Suplida esta palabra que falta en el original.

ESCENA II

Salen FILIBERTO, como justicia; LELIO y otros.

FILIBERT. No quede en toda la casa
pieza que dejes sin ver.

(Entran algunos dentro.)

LELIO. Visto los han esconder
en ella.

FILIBERT. (Aparte.) El amor me abraza
de Fulgencia, esposa bella
de Lisauro, y ha buscado
mi amor con andar vendado
esta ocasión para vella.

LELIO. (Aparte.) Los amores de Fulgencia
me traen tan fuera de mí,
que esta ocasión busqué aquí
para gozar su presencia.

FILIBERT. Lelio: ¿á qué has venido acá?

LELIO. ¿Qué haces aquí, Filiberto?

FILIBERT. Yo he sido amigo del muerto,
y su venganza me da
ocasión para prender
al autor de esta crueldad.

LELIO. Y yo debo á su amistad
tanto, que me obliga á hacer
las diligencias debidas
á su venganza.

FILIBERT. ¿Qué oficio
de justicia tan propicio
del muerto te hace que pidas
su venganza?

LELIO. ¿Pues tú tienes
cargo acaso de prender
ó soltar, que á reprender
de aqueste modo me vienes?

FILIBERT. El dux de Venecia es
mi padre.

LELIO. Yo soy tu hermano.

FILIBERT. Yo el mayor.

LELIO. Y yo el que gano
fama de más interés
en Venecia; mas ¿qué importa
el ser mayor ó menor?

¿Es mayorazgo el amor
que ha de heredarse? Reporta
tus impetus, no me den
ocasión que sin prudencia...

FILIBERT. Yo vengo á ver á Fulgencia.

LELIO. Yo vengo á vella también.

FILIBERT. ¿Sabes que es mujer casada?

LELIO. Pues ¿eres tú su marido?

FILIBERT. No; pero si aquí he venido
es por que sea respetada,
si está su marido ausente,
de la justicia atrevida
que en busca del homicida
suele tratar libremente
y aun sin respeto á cualquiera
que se le opone, y volver
por una noble mujer
que fácilmente se altera
es forzosa obligación
de quien nobleza profesa.

LELIO. ¿Qué sola la causa es ésa?

FILIBERT. Temo que la confusión
de ver de noche en su casa

la justicia ha de inquietalla,
y así vengo á sosegalla,
no porque su amor me abraza.
Por más sospechas que cobres
sólo defendella intenta
mi nobleza.

LELIO. Pues ¿qué cuenta
tienes, Judas, con los pobres?
Como jamás has tenido
en aquesta casa entrada
solamente dedicada
al honor de su marido;
como dádivas desprecia
y papeles no recibe,
aunque satisfecha vive
de que es el dux de Venecia
tu padre y sabe el poder
de tu libertad liviana;
como ni en calle y ventana
ni en puerta la puedes ver,
por más trazas que imaginas,
pues, cuando en casa no está
la góndola donde va
lleva echadas las cortinas,
¿qué perseveras tu entrada
en esta casa?

FILIBERT. Pintado
te has á ti mismo, que has dado
á malicia tan fundada
principio, siendo su autor,
porque si yo vine aquí
es por defender de ti
su reputación y honor;
que eres mi hermano y no es justo
que sufra que á tal mujer
mi hermano intente ofender.

LELIO. Eres un santo; yo gusto
de verte tan reformado
que á mí me reformas ya;
pero si el honor te da
de aquella dama cuidado,
salgamos los dos de aquí
y quedaré satisfecho,
porque lo mismo sospecho
que tú sospechas de mí.
La justicia hará su oficio
quedando sin detrimento
Fulgencia.

FILIBERT. Yo soy contento.

LELIO. Vete, pues, que eso codicio.

FILIBERT. No te quedes tú aquí, pues.

LELIO. ¿Yo quedarme? Ya me voy.

(Luego vuelvo.)

FILIBERT. (Luego soy

aquí.)

LELIO. ¿Vaste?

FILIBERT. ¿No lo ves? (Vanse.)

ESCENA III

Salen CANDADO, medio desnudo, con un candil y dos
ALGUACILES.

ALG. 2.º Llevadle preso si niega
dónde tienen escondido
al homicida atrevido.
CANDADO. Señores: en la bodega

pienso que está. ¿Quién me trajo
á sufrir tantos enojos?

ALG. 2.º ¿Vistele?

CANDADO. Por estos ojos.

ALG. 2.º ¿Qué talla tiene?

CANDADO. Altibajo,
aunque luengo de estatura,
bermejo, barbiponiente,
dos berrugas en un diente,
mulato en la catadura.

ALG. 1.º ¡Villano! ¿disparatáis?

CANDADO. ¿He de hablar verdad?

ALG. 1.º ¿Pues no?

CANDADO. Señores, mal haya yo
si sé por quien pescudáis.
Si alguna mujer buscáis
que en mercancía se vende,
y como lechuza ó duende
huye, ¿qué me pescudáis?
No gasto esa fruta yo;
otros pisen ese lado,
que yo estoy del mismo modo
que mi madre me parió,
tan virgen como una miel,
que si en tienda, sin habella,
venden carne de doncella,
yo soy carne de doncel.
Y con esto adiós, que tengo
un sueño que reposar.

ALG. 2.º No hay aquí disimular;
llevadle preso.

CANDADO. No vengo
en eso; ¿por qué pecados?

ALG. 1.º ¡Vaya!

CANDADO. Señor alguacil,
¿mas que si soplo el candil
que quedan descandilados?

ESCENA IV

Sale FULGENCIA.—DICHOS.

FULGENCIA. ¿Qué alboroto es éste, cielos?

¿Lisauro, esposo, señor,
vos ausente y mi temor
formando tristes recelos?

¿Qué gente es ésta? ¡Ay de mí!

CANDADO. La justicia es que codicia
her de nosotros justicia.

FULGENCIA. ¡Cielos! ¿la justicia aquí?

A Lisauro ha sucedido

algún infeliz suceso.

¿Es muerto Lisauro? ¿Es preso?

ALG. 2.º Decid: ¿dónde está escondido

el homicida, señora,

pues le tenéis encubierto?

FULGENCIA. A alguno Lisauro ha muerto.

¡Ay de mí!

ALG. 1.º Bien finge y llora.

¡Linda cosa!

ESCENA V

Sale FILIBERTO.—DICHOS.

FILIBERT. Si á Fulgencia
adoro, y si la ocasión
favorece mi opinión,

¿cómo estoy sin su presencia?
¿Cómo vivo si es que muero,
sin ella estando y sin mí?
A mi hermano eché de aquí;
Fulgencia es ésta; ¿qué espero?

FULGENC. ¡Ay, ilustre Filiberto!
¿De noche en mi casa vos
sin mi bien, siendo los dos
tan amigos? El ha muerto
á algún oculto enemigo
envidioso del valor
de Lisauro, mi señor.
Poco ha que estaba conmigo
con menos sosiego y gusto
del que su amor me promete;
pero ¿á quién hay que no inquiete
la injuria de un pecho injusto?

FILIBERT. Señora...

FULGENC. Si os hizo Dios
hijo del dux de Venecia,
y suele la adversidad
ser prueba de la amistad
que más al amigo precia
cuanto le ve en más aprieto,
échase ahora de ver
lo mucho que puede hacer
un amigo tan discreto,
que un padre tan poderoso
tiene; ¿qué le pediréis
al dux que dél no alcancéis
por vuestro amigo y mi esposo?
FILIBERT. (Ap.) Basta; que piensa Fulgencia
que es Lisauro el matador
que buscan; astuto amor,
hoy por vuestra diligencia
mi esperanza ha de alcanzar
el fin de su gusto extraño,
porque con un sabio engaño
á Fulgencia he de gozar.
¡Hola! andad con Dios, que aquí,
cuando el homicida esté,
conmigo le llevaré
preso.

ALG. 2.º Sea, señor, así.

FILIBERT. Es noble y no es bien le lleve,
Fabio, otro menos que yo.

ALG. 1.º Comisión el dux nos dió;
vos haréis lo que se debe
á la justicia y mandato
de vuestro padre, y así
nos vamos. (Vanse los dos.)

ESCENA VI

DICHOS, menos los ALGUACILES.

FILIBERT. Yo quedo aquí:
idos vos, porque el recato
y secreto es de importancia.

FULGENC. Candado, vete.

CANDADO. (Ap.) Por Dios
que me despiden los dos;
no os arriendo la ganancia,
Lisauro. (Alto.) Dejaros quiero
el candil aquí colgado.

FULGENC. Anda, necio: ¡qué pesado
eres siempre y qué grosero!

CANDADO. Temo algunas travessuras
que ofendan á mi señor,
que, como es ciego el amor,
hace sus cosas á oscuras.
Y el dimoño es tan sutil
que, cuando luz os dejara,
aun sospecho que quedara
la honra á moco de candil,
cuanto más en tentación.

FULGENC. Necias sospechas produces.

CANDADO. Plegue á Dios no hagáis dos luces
como candil de mesón.
Mas ya á amanecer comienza,
y con luz, aunque haya amor,
no haréis nada, que el honor
con luz está á la vergüenza. (Vase.)

ESCENA VII

FULGENCIA Y FILIBERTO.

FULGENC. Solos habemos quedado,
que el deseo de saber
de Lisauro pudo hacer
mi honor menos recatado
que acostumbra, Filiberto.
Decid: ¿qué desgracia ha sido
la que el cielo ha permitido
por mi mal? ¿A quién ha muerto
mi esposo? que pierdo el seso.

FILIBERT. (Ap.) ¿Qué haré yo, pobre de mí,
que ha tanto que le perdí?

FULGENC. No dilatéis el suceso.

FILIBERT. No haré. ¿Quién duda, señora,
que sabréis qué es afición,
pues su tirana pasión
os sale á la cara ahora?
Llamaron sol al amor
por ser tan universal
que no hay planta ni animal
que no goce su favor.

Y si es su eficacia tanta
que hasta las plantas rindió,
¿qué milagro que ame yo,
pues soy hombre y no soy planta?
Ama el hombre su trasunto;
que tengo amor os confieso.

FULGENC. Pues ¿qué tiene que ver eso
señor, con lo que os pregunto?

FILIBERT. Importa á la libertad
de Lisauro apetecida
que ame yo, porque su vida
pende de mi voluntad.
No está Lisauro hasta ahora
muerto, preso y ofendido,
que le ha guardado y servido
quien os tiene amor, señora.
¿Veis lo mucho que importó
el amor que en vuestro amparo
y de Lisauro os declaro?

Que vive él porque amo yo.

FULGENC. Porque le amáis, es verdad,
que mi esposo tendrá vida,
que es una alma repartida
en dos cuerpos la amistad.
Y repartida en los dos,
no es mucho que procuréis

que él viva, que quedaréis
si él muere, sin alma vos.
FILIBERT. Como vos queráis, bien cierto
es que Lisauro tendrá
la vida que á riesgo está,
porque á un ciudadano ha muerto.
Yo os amo, Fulgencia mía;
ningún imposible os pido,
y el premio que os he ofrecido
imposibles merecía.
El Dux de Venecia es
mi padre, yo vuestro amante;
el peligro está delante
y delante el interés.
Dad gusto á mi amor violento,
pues con él aseguraréis
vuestro esposo, y nos dejáis
á él con vida, á mi contento.
Lisauro...

FULGENC. Al discurso necio
poned fin, vil mercader.
¿Yo el honor en tal vil precio?
Allí en las tiendas fallidas,
de las famas que ofendéis,
vuestros gustos compraréis,
que venden honras á vidas;
que aquí, donde no llegó
el precio de esas deshonras,
con vidas se compran honras,
mas vidas con honras no.
Y adiós, que ese torpe intento
me ofende y causa temor,
porque es espejo el honor
y le mancha hasta el aliento.

FILIBERT. Si no bastan cortesías
para quien no las entiende,
amor es rey y no ofende.

FULGENC. Un rey no hace tiranías.

FILIBERT. Dadme esos brazos por fuerza,
que el amor es guerra ya,
y cuando no se la da
puede rendir una fuerza.

FULGENC. Suelta las manos, villano.

FILIBERT. Ten de mis males clemencia.

ESCENA VIII

Salé LELIO.—DICHOS.

LELIO. Todo es muerte sin Fulgencia;
mas con ella está mi hermano.—
Suelta, atrevido, la mano,
ó soltaré á la ira el freno
que tu torpe amor condeno,
pues en aquesta ocasión
te hallo, como el ladrón,
la mano en tesoro ajeno.
Suelta, que no es lazo igual
el que tu amor manifiesta,
porque en mano tan honesta
la tuya parece mal.
Si amor con lazo inmortal
nudo de almas puede hacer,
Alejandro sabré ser
que, contra el tuyo importuno,
mostraré que todo es uno
el desatar y el romper.

FILIBERT. Cansado predicador,
¿qué es lo que buscas aquí,
qué me reprendes á mí
siendo mi hermano menor?
Tienes envidia á mi amor
y culpásle; pero en vano,
que hoy tengo que ser tirano
de quien sin seso apetece.

LELIO. Venturoso Adán mil veces
porque nunca tuvo hermano,
y á no tener reverencia
á la fama y el honor
que, contra tu torpe amor,
honra, villano, á Fulgencia,
efectos de mi impaciencia
vierais presto.

FILIBERT. Este lugar
no es decente para dar
á tus injurias castigo;
mas sígueme.

LELIO. Ya te sigo.

FULGENC. ¡Que esto he venido á escuchar!
(Vanse los dos.)

ESCENA IX

Salé LISAURO.—FULGENCIA.

LISAURO. ¿Qué es esto? ¿qué turbación
siento en mi casa? Salido
han dos personas. ¿Quién son?

FULGENC. ¡Ay, mi bien! ¿Vienes herido?
¡que será en mi corazón!

LISAURO. ¿Yo herido, esposa querida?
¿Por qué y cómo?

FULGENC. No encubráis
lo que me tiene afligida.
¿Cómo venís? ¿cómo estáis?
Ya sé que dejáis sin vida
á un hombre, y así, mi bien,
escondeos y no demos
lugar y venganza á quien
entre dudosos extremos
ofende al honor también.

LISAURO. ¿Que me esconda yo? ¿Por qué?

FULGENC. Todo lo que ha sucedido
he sabido.

LISAURO. Mi bien, ¿qué?

FULGENC. Un hombre habéis muerto.

LISAURO. ¿Yo?

FULGENC. ¡Jesús!
No sé si os dé fe,
pues, por no darme disgusto
disimuláis y encubris
más de lo que fuera justo.
Poco os debo.

LISAURO. ¿Qué decís,
que jamás con tanto gusto
ni tan libre de temor
he estado? Salí á librar
á un amigo, que el favor
no le ha el noble de negar.

FULGENC. ¿Eso es cierto?

LISAURO. Sí, mi amor.

FULGENC. Pues hanme contado á mí
lo contrario.

LISAURO. Pues, bien mío,
si fuera verdad, decid,

yo que de vos me confío,
¿negaríalo?

FULGENC. Estuvo aquí
quien con engaños, señor,
ha intentado derribar
los muros de vuestro honor.

LISAURO. ¿Cómo?

FULGENC. Ya fuera el callar
hacer traición á mi amor.
Lisauero, señor, esposo,
veneciano ilustre y fuerte
á quien dió el piadoso cielo
mayor valor que á otros bienes.
No temas, serena el rostro
si de estos incendios temes
la pérdida del honor
que eterno mi amor conserve;
veinte años ha que soy tuya,
aunque me parecen breves,
que amor recíproco gasta
el tiempo pródigamente.
Testigo eres tú, bien mío,
del favor y las mercedes
que yo en tu pecho recibo,
que todo este amor me debes.
Bien sabes que en tantos años
no se ha ofrecido accidente
que nuestro constante amor
le divida ni le altere.
Nació entre sus tiernos brazos,
como de su casta fuente,
Efigencia, nuestra hija,
que guarde Dios como puede.

LISAURO. No dilates más, señora,
lo que sabes me conviene;
que alargas más las sospechas
que con discursos suspendes.

FULGENC. Esta vida y esta gloria
ha mudado en pena y muerte
Filiberto, hijo del Dux,
á quien por amigo tienes.
Pasea con blandos pasos
la calle, que los consiente
mirando con tiernos ojos,
no á mí, sino á mis paredes.
Cuando lo vine á saber,
temí que el descuido fuese
de mi casa la ocasión
para el amor que pretende;
que yo siempre imaginaba
que, cuando el amor se atreve,
era por darle ocasión
las poco cuerdas mujeres.
Di luego en cerrar ventanas
y establecí nuestras leyes
de honestidad y recato
que grandes peligros vencen.
Mas él, galán y atrevido,
buscó la ocasión presente
de visitar hoy mi casa;
la justicia y los jueces
entró en ella y descubrió,
con las palabras que suele
un poderoso atrevido,
su libre amor fácilmente.

LISAURO. ¿Pretende ese caballero
á mi hija, á quien ofenden,

como á doncella tan noble,
las palabras y papeles?
¿Quiso sacar de mi casa
esa prenda de mis bienes,
el mayor y más guardado,
para su dichosa suerte?

FULGENC. No, señor; porque no fuera
ese amoroso accidente,
si ella puede ser su esposa,
digno de llamarse aleve.
A mí me quiere ofender,
mi amor dice que pretende,
mis memorias le enamoran
y mi rigor le entristece.
Díjome, porque desea
con sus cautelas vencerme,
que á una persona muy noble
diste en palacio la muerte.
Ofrecióme su favor,
conocido muchas veces
que por precio de justicia
algunas honras se venden.
De lo que le respondí,
mis ojos que están presentes
fueron honrosos testigos,
como suelen serlo siempre.
Esta, señor, es la causa
de que mi temor procede,
y la turbación que el rostro
con sus colores ofrece.

LISAURO. Mucha más gloria recibe
quien vence á sus enemigos
que quien sin tenerlos vive;
que ellos sirven de testigos
con que su valor se escribe.
Y así de vuestra victoria
me resulta mayor gloria
que de las paces pudiera,
que entonces no se tuviera
de vuestro valor memoria.
De algún modo á Filiberto
le quedo en obligación,
pues al mundo ha descubierto
con su vana pretensión
el valor que en vos advierto;
y así, mi esposa querida,
no le he de quitar la vida
por el honor que os ofrece,
que la virtud resplandece
al paso que es perseguida.
(Ap.) Esto digo, aunque en mí siento
el justo enojo y pasión
de su loco atrevimiento,
que él por sí ya dió ocasión
á mi agravio sentimiento.

FULGENC. Mira, mi bien, que sospecho
que pones duda en mi fe,
y cuando estás satisfecho,
dudas, acaso, si fué
de tanto valor mi pecho.

LISAURO. Eso fuera ya dudar
de la luz que el sol ofrece,
de la inmensidad del mar
y del amor que merece
tu amor, mi bien, ensalzar.
Yo estoy ahora ocupado
en un negocio.

FULGENC. A morir
si te vas me has condenado;
que nunca suele venir
seguro quien sale airado.

LISAURO. Luego, ¿no te fías de mí?

FULGENC. De mis desdichas no fio.
¿Vas airado?

LISAURO. Ya perdí
todo el enojo.

FULGENC. Bien mío;
¿has de volver presto?

LISAURO. Sí.

FULGENC. Y qué, ¿no reñirás?

LISAURO. No.

FULGENC. Júralo.

LISAURO. Por tu hermosura.

FULGENC. ¡Nunca te dijera yo
mi desdicha!

LISAURO. Está segura.

FULGENC. No lo queda quien amó. (Vanse.)

ESCENA X

Salen LELIO y FILIBERTO.

FILIBERTO.

Porque la obligación miro y respeto
que á mi padre y señor el Dux se debe,
no he puesto ya mi cólera en efeto
con la venganza que á furor me mueve.

LELIO.

Siempre el considerado y el discreto,
cuando por ser cobarde no se atreve,
sabe excusar mejor su cobardía
pavonando el temor con cortesía.

FILIBERTO.

Eres menor que yo, y así no he hecho
estima de tu necio enojo y ira;
pero si alteras más el quieto pecho,
por ti, rapaz, y por tu vida mira.

LELIO.

Yo buscaré ocasión que satisfecho
me deje más que ahora, si retira
el ver mi padre enfermo mi venganza,
que si no, yo cumpliera mi esperanza. (Vase.)

ESCENA XI

FILIBERTO solo.

Descomedido amor, infame cuenta
de misangre y valor habéis hoy dado,
que mal hicisteis, voluntad exenta,
en pretender gozar sabor forzado.
Villano anduve; pero si violenta
su fuego amor, sus penas el cuidado,
¿quién podrá resistir su pena fiera?
Gozárala yo y fuera como fuera.

ESCENA XII

Salen LISAURO, CANDADO, DIODORO y VERINO.

LISAURO.

Yo estimo, amigos, tanta cortesía
como es razón. Adiós, que me conviene
entrar en el palacio y señoría.

CANDADO.

Con cosquillas de celos mi amo viene.

VERINO.

La merced de mi padre es propia mía,
pues es mi sangre quien la estima y tiene
el fruto de ella.

DIODORO.

Ya partió á Ferrara,
que á fugitivos de Venecia ampara.

LISAURO.

Hoy acudí al peligro y al recelo
de vuestro padre, y plega á Dios que sea
muy próspero el suceso, y le dé el cielo
lo que su casa y mi afición desea.
Adiós, amigos.

VERINO.

Tu amistad y celo
te prometo pagar siempre que vea
que hay ocasión, pues no faltará alguna
á quien sujeto vive á la fortuna.

(Vanse los dos.)

ESCENA XIII

LISAURO, CANDADO y FILIBERTO más lejos.

LISAURO.

Filiberto está allí, llegar deseo
y no ofenderle, á prevenir mi daño.

FILIBERTO.

Paréceme que allí á Lisauero veo
y le he de hablar con amoroso engaño.

CANDADO.

Ningún suceso venturoso creo
que puede resultarme de este año;
enfrente están los campos, soy cobarde;
mejor es huir temprano que no tarde. (Vase.)

ESCENA XIV

LISAURO y FILIBERTO.

LISAURO.

¿Oh, señor Filiberto?

FILIBERTO.

¡Oh, señor mío!

¿Qué se ha ofrecido en que serviros pueda,
que no me ha de faltar poder y brío,
y el mismo tiempo por testigo os queda?

LISAURO.

De vuestra noble discreción confío
que á vuestra edad y mi esperanza exceda,
pues con justa razón toda Venecia
como á imagen del Dux os ama y precia.

FILIBERTO.

¿Ofrécese dineros, mercancías,
cédulas, cambios, créditos, fianzas?
Porque la industria y las riquezas mías
cumplieron siempre honestas esperanzas,
y más á vos, Lisauero, que ha mil días
que pretendo ocasiones y mudanzas
porque pueda ofrecerseos cosa alguna
en que alentar sucesos de fortuna.

Si en casos de favor y de justicia, pretensiones ó pleitos se ofreciere ocasión y lugar, ya os doy noticia cuánto el Dux, mi señor, estima y quiere. (Ap.) El veneno mortal de mi malicia le doy en vaso de oro, y si bebiere, que quizá beberá, y tendrá experiencia de lo que puede el interés, Fulgencia.

LISAURO.

Quisiera yo, señor, que vuestro intento no fuera el que yo sé, porque pudiese estimarse ese noble ofrecimiento y ponerle el valor que mereciese; pero como adivino el pensamiento; recelo y temo que su blanco fuese no el hacerme merced, como es la muestra, sino otra alguna pretensión siniestra. Y por no atormentar con el secreto vuestro dudoso pecho y mi memoria que recelosa y mártir en efecto ya desea la muerte ó la victoria, con confianza que tendréis secreto como mi honor merece y vuestra gloria, diré mi pena, mi pasión y enojos poniendo en tierra los honestos ojos.

FILIBERTO.

No sé qué pueda ser el accidente que con tanta retórica y colores es necesario se publique y cuente, aunque el último fin fuese de amores.

LISAURO.

Aunque se queja un mudo, es elocuente y transforma en palabras sus dolores; que el hijo del rey Creso, siendo mudo, rompió la voz porque callar no pudo.

FILIBERTO.

Pensaréis vos, Lisauro, que paseo por Efigencia, vuestra hija hermosa, y que me muero de un traidor deseo de gozar su beldad de amor ociosa.

LISAURO.

Ojalá fuera así, que á lo que creo, aunque me honrara á mí en ser vuestra esposa, igual es á la vuestra su nobleza, si bien os aventaja la riqueza.

A mi esposa Fulgencia estoy muy cierto que pretendéis quitar su honor y fama; aunque no llegaréis al dulce puerto que llama dueño á quien la estima y ama, suplicóos cortésmente, Filiberto, mate el valor vuestra imposible llama, y sin negarme la verdad, que es cierta, jamás paséis aquella honrosa puerta.

FILIBERTO.

Cuando yo enamorado pretendiera de esa señora el amoroso gusto, ningún respeto ni razón hubiera que atajara mi amor, que en serlo es justo. No será vuestra esposa la primera que haya tenido pensamiento injusto y que en ofensa de su noble esposo haya cumplido algún deseo amoroso. No hay que poner al mundo ley ninguna, sino guardar los ojos y el silencio

y estar contento con cualquier fortuna. Pues yo la vuestra estimo y reverencio, yo no pienso escuchar quien me importuna, ni esos puntos de honor los diferencio, ni los entiendo, que por buen respeto les guardo á los casados el secreto.

LISAURO.

Esa respuesta es bárbara y liviana, y á no estar en palacio y señoría, yo castigara la traición tirana de quien sin honra maltrató la mía.

FILIBERTO.

Libre es mi voluntad, y fuerza humana no la puede torcer, como confía; honraos de que á Fulgencia sirve y precia el hijo del Dux noble de Venecia. Si yo quisiera cumpliré mi gusto, quedéis ó no sin ese honor ligero, aunque mire Fulgencia más disgusto, que contra el oro no hay pechos de acero.

(Sacan las espadas.)

LISAURO.

Ya, justiciero amor, no será justo sufrir más este agravio.

FILIBERTO.

¡Ay Dios, que muero!

LISAURO.

Paséle el pecho, salga por la herida el alma que á mi honra fué atrevida. Dentro en palacio estoy, delito grave es el que he cometido; pero admito la muerte por la honra, que no sabe quien honras guarda recelar delito. Venecia se alborota; aquella nave partirse quiere, á nado solicito alcanzalla y huir, si no me anega. (Vase.) (1)

ESCENA XV

Salen LELIO, MARCELO y otros.

LELIO.

Seguid al homicida, venecianos, que al hijo del Dux vuestro tiene muerto; vuestra ley y estatutos soberanos ha roto, castigad su desconcierto. ¿Será bien que se os vaya de las manos el que á las suyas deja á Filiberto la vida cara? ¿Irás sin castigo quien del Dux y la patria es enemigo? Su hermano soy, mi padre enfermo y viejo, faltándole el apoyo de su vida dará con ella en tierra siendo espejo de esta ciudad, por él tan bien regida. Si no os queréis privar de su consejo privad de libertad al homicida. ¡Muera Lisauro y su arrogancia fiera! Seguidle, que se os va.

Todos.

¡Lisauro muera!

(1) Falta el último verso de esta octava.

MARCELO.

Sosiega, Lelio, el alterado pecho, que ya Venecia corre á la venganza del que este agravio á su Senado ha hecho, y muestra que eres fuerte en la mudanza.

LELIO.

Tan sosegado estoy y satisfecho, Marcelo, como cierta la esperanza que tengo de gozar en el ausencia de Lisauro los brazos de Fulgencia. De las voces que doy, del sentimiento que nuestro, tan segura el alma queda, que en ella viste galas de contento si por de fuera el luto galas veda. Nunca has visto llorar por cumplimiento al hijo gastador que al rico hereda? Pues yo también, llorando á Filiberto, gracias ocultas doy al que le ha muerto; sin competencia, quedará por mía de Fulgencia, Marcelo, la belleza; los ruegos, amenazas y porfía derribarán, al fin, su fortaleza, su hacienda usurpará la señoría, y mujer sin marido y con pobreza ya está rendida.

MARCELO.

Pensamiento vano.

LELIO.

Si la gozo, bien muerto está mi hermano.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Sale el DUQUE DE FERRARA y dos VENECIANOS.
UN CRIADO

DUQUE. Cumplíome el cielo el deseo que de las paces tenía con la ilustre señoría veneciana; y pues las veo puestas en ejecución, las condiciones acepto que habéis propuesto, y prometo guardarlas.

VEN. 1.º Aquestas son que esta minuta declara.

VEN. 2.º Vuestra excelencia, señor, conserve el antiguo amor que á los Duques de Ferrara la República ha tenido de Venecia, y manifieste que es el Duque Alfonso de Este en quien ha resplandecido el justo agradecimiento, virtud que el que es noble precia.

DUQUE. Mi padre fué de Venecia capitán, y en cumplimiento de su amor, es justo siga con mis armas y mi tierra

su facción, y en esta guerra éntre también en la liga.

VEN. 1.º Su capitán general os hace la Señoría.

DUQUE. Yo haré que en la Lombardia quede su nombre inmortal, por más que sus potentados contra ella se confederen.

VEN. 2.º Con Venecia poco pueden sus escuadrones armados.

VEN. 1.º La principal condición que habéis, señor, de guardar, es que nunca habéis de dar por ningún caso ó razón favor á los foragidos de Venecia, y los que están en Ferrara se echarán, dentro de ocho días cumplidos de todo el Estado vuestro.

DUQUE. Así lo prometo y juro.

VEN. 1.º Por tener aquí seguro y estar tan cerca del nuestro vuestro Estado, han sucedido mil libertades y insultos que tiene Ferrara ocultos, hasta haber un foragido dado muerte á Filiberto, hijo del Dux.

DUQUE. ¡Caso grave!

VEN. 2.º Si acaso alguno dél sabe, y le lleva, vivo ó muerto, la Señoría perdona cualquiera delito ó yerro, alzando cualquier destierro á quien le entregue en persona, y dándole juntamente diez mil escudos.

DUQUE. Con eso presto le llevarán preso, porque en su busca la gente, si tan grande el premio es, no perdonará lugar, y mal se podrá escapar buscándole el interés.

A lo menos en mi Estado no será favorecido él ni ningún foragido.

VEN. 1.º Aqueso pide el Senado.

DUQUE. Echese un bando esta tarde de que salgan de Ferrara cuantos defiende y ampara.

CRIADO. Haráse así.

DUQUE. El cielo os guarde.

(Vanse los Venecianos.)

ESCENA II

DUQUE solo.

Las paces y la amistad de Venecia le ha importado á mi venturoso Estado toda su seguridad. Que es Venecia un enemigo que á reyes pone temor, y ha mostrado su valor cuán útil es para amigo.

ESCENA III

Sale LISAURO con la espada desnuda.—Dicho.

LISAURO. Excelentísimo Alfonso,
digno duque de Ferrara,
gloria de la sangre estense,
luz del mundo y sol de Italia.
Si el príncipe es aquel árbol
que el rey Nabuco soñaba,
á cuya sombra y favor
tantos se arriman y amparan,
príncipe eres y árbol noble,
en cuyas ilustres ramas,
contra borrascas de injurias,
amparo afligidos hallan.
Ciudadano de Venecia
soy y blanco de desgracias;
Lisauero tengo por nombre
y mi desdicha por patria.
Nobleza heredé y hacienda,
que, aunque una y otra medianas,
aumenté con mercancias,
que dan su provecho avaras.
Dióme el cielo por consorte
la misma virtud y gracia;
hermosa para discreta,
y para mujer honrada.
De quince años logró amor,
por fruto y primicia casta,
una hija en la hermosura
y virtud su semejanza.
Vivimos los tres tres lustros
con la dulce consonancia
que hace la paz conyugal
entre dos conformes almas,
sin mezclar el descontento
su aborrecible cizaña
en los sembrados del gusto
que amor reciproco guarda.
Cansóse de esto la envidia,
y la ociosidad liviana
de la juventud lasciva
tocó contra mi honra el arma.
Filiberto, hijo del Dux
de Venecia, dando entrada
á imposibles pensamientos
y inútiles esperanzas,
vió á mi Fulgencia, y siguióse
tras el verla desearla,
tras desear pretenderla
y tras pretender rondarla.
Porque como amor es yerro,
sus eslabones enlaza
de este modo, que los vicios
unos á otros se llaman.
Pero fué intentar Nembrot
escalar las naves altas,
llegar Tántalo á la fruta
y alcanzar sediento el agua,
el conquistar su firmeza
y combatir su constancia,
que no teme tiros torpes
..... (1)
Llegó á tanto su licencia,
por ser su locura tanta,
que en mi ausencia pretendió...

(1) Falta un verso en el original.

¿dirélo, cielos? forzarla.
Mas, como el vicio es cobarde,
prevalecieron las armas
de la virtud invencible;
echó á Tarquino de casa
más honrada que Lucrecia,
que no es disculpa una daga
á consentimientos necios
que de cualquier modo infaman.
Entré yo entonces en ella,
halléla triste y turbada,
recibíome con suspiros
y preguntando la causa
fué, si hasta allí en encubirla
discreta, en decir la sabia,
que de algún modo consiente
mujer que á tal tiempo calla.
Pidióme que la sacase
de su peligro y mi patria,
conjuró mi justo enojo,
y como si se comprara
la paz á peso de perlas,
lloraron sus ojos tantas,
que las bebí para dar
con ellas píctima al alma.
Soseguéla y soseguéme,
que la ira desbarata
las leyes de la prudencia
y triunfos de la templanza.
Fuí á buscar á Filiberto;
entré en el palacio y casa
del Dux, llegué comedido,
pedí con nobles palabras
reprimiese intentos mozos,
cortando á esperanzas vanas
pasos que pisan honores
y lenguas que ofenden famas.
No obligó mi cortesía,

..... (1)
que lo que al cuerdo refrena
al necio enciende y abrasa;
pues aun no me dió en respuesta
excusas acaloradas
con palabras comedidas
que valen hoy tan baratas;
díjome, y para que yo
lo diga, pongo la cara
y los ojos en el suelo;
díjome, en fin, en mis barbas
que con pretender mi esposa
y con pasear mi casa
más honra que merecía
mi humilde sangre me daba.
Que si el recato hasta allí
tuvo sus gustos á raya,
daría rienda desde entonces
á la pasión desbocada.
Juzga tú, príncipe invicto,
si á tan bárbaras palabras
y descortesés injurias
fuera la paciencia infamia;
volvió por mi la razón,
y desnudando las armas,
dos veces abrió salida
á su vida mi venganza.

(1) Falta otro verso.

Alborotóse Venecia,
y toda ella conjurada
contra mi honor defendido,
que al poder todos le amparan.
«Prendedle», decían á voces;
mas cuando en tropel llegaban
los ministros codiciosos,
arrojándoles la capa,
como á toros, de la hacienda,
tomé en la boca la espada,
y hecho mi sagrado el mar,
la vida entregué á sus aguas.
Llegué, á pesar de los tiros,
voces, góndolas, pedradas,
á una nave ginovesa
que á la boca de la barra
á los vientos daba velas
y dió ayuda á mi desgracia,
deuda al agradecimiento
y á su valor nuevas alas.
Llegué á Rovigo, y en él,
rindiéndole justas gracias,
pedí me echasen á tierra,
parando al fin en Ferrara,
asilo de desdichados,
porque de mi esposa amada
el amor, no da licencia
que me aleje de mi patria.
De toda mi larga hacienda
sólo me queda esta espada
y esta vida, excelso duque,
que de tu sombra se ampara;
empléala en tu servicio
y defiende la venganza
de un agraviado marido
y una mujer injuriada.
DUQUE. No hay para un hidalgo pecho
cosa más dura y pesada
como el ver necesidades
y no poder remediarlas.
La vuestra me ha enternecido
de suerte, que si llegara
no ha media hora á mi noticia,
no admitiera por su causa
las paces que ha establecido
la señoría veneciana
conmigo, aunque de no hacellas
mi persona aventurara.
Una de las condiciones
prometidas y juradas
es no admitir foragidos
y mandar que luego salgan
cuantos están de Venecia
en mis estados; ahora acaban
de irse los Embajadores;
culpado á vuestra desgracia
y guardad vuestra persona,
porque al que la entregue, mandan
diez mil escudos de oro,
perdonan delitos y alzan
cualquiera pena y destierro.
Ciudades hay en Italia
donde podéis, disfrazado,
esperar en las mudanzas
del tiempo y de la fortuna,
porque en toda esta comarca
os buscan diez mil escudos,

y uno para hallarlos basta.
Corrido estoy por ser esta
la primera vez que hallan
necesidades de vida
en mí las puertas cerradas.
Mas, para aliviar en parte
las que la pobreza os causan,
que á las de la misma muerte
ó se aventajan ó igualan,
tomad aqueste diamante,
y perdonad que le faltan,
cuando no puedo dar obras,
al sentimiento, palabras. (Vase.)

ESCENA IV

LISAURO solo.

LISAURO. ¡Oh generoso valor
qué bien disfrazado dejas
con dádivas tu rigor,
pues abres puertas á quejas
y echas candados de amor!
Despides y favoreces,
niegas para consolar,
y si severo pareces
con una mano al negar,
diamantes con otra ofreces.
Mi desdicha me destierra,
no tu valor celebrado,
que, como ella me hace guerra,
vengo á ser tan desdichado
que aun no me admite la tierra.

ESCENA V

Sale CANDADO.—Dicho.

CANDADO. En busca de mi señor
salgo huyendo de Venecia,
donde el popular furor
muestra lo mucho en que precia
al interés bullidor.
No sé dónde irle á buscar;
mas no hay cosa que más sobre
en cualquier parte ó lugar
que el hombre necio y el pobre:
pobre es, yo le vendré á hallar.
LISAURO. ¡Candado!
CANDADO. ¡Miren qué presto
pareció! ¿Qué haces aquí,
si el precio sabes que ha puesto
Venecia, y que anda tras ti
por acá el vulgo molesto?
Huye, que dan un tesoro
á quien te llevare allá,
y el interés sin decoro
ya ves cómo correrá
con diez mil pies, y esos de oro.
LISAURO. No hagas caso de mi vida;
de mi Fulgencia me di.
¿Llora mucho? ¿está afligida?
CANDADO. Ya lo ves, como sin ti,
sin hacienda y perseguida
no le ha dejado un rincón
la justicia en que vivir.
LISAURO. ¡Tales mis contrarios son!
CANDADO. Ni una cama en que dormir.
LISAURO. ¡Ay prenda del corazón!

CANDADO. Con una hija casadera
á cuestras, ya tú verás
lo que teme y lo que espera,
la que ya no tiene más
de esta hacienda; si ella fuera
madre al uso no quedara
tan pobre, que puesta tienda
su daño no remediara,
pues no es la peor hacienda
una hija de buena cara.
Mas ¡bonita es mi señora,
en medio de su pobreza!
Sólo tus peligros llora,
siendo un mármol en firmeza.

LISAURO. No en vano el alma la adora.
Mas deudos tiene presentes
que la acudan.

CANDADO. ¡Desatino
indigno de hombres prudentes!
Siempre el pobre es peregrino
que está sin tierra y parientes.
Si se quiere socorrer
de sus parientes, Fulgencia,
aunque más llegue á tener,
negarán la descendencia
de Adán, por no la valer.
No fies de su favor
ni esperanza de ellos cobres,
porque igualmente el mejor
recibe, cuando son pobres,
deudos y deudas, señor.

LISAURO. Si esos faltan, allá dejo
amigos que acudirán
á mi esposa.

CANDADO. Mal consejo
tus esperanzas te dan,
¿El amigo no es espejo
de su amigo?

LISAURO. Y muy seguro.

CANDADO. Pues si es espejo el más fiel,
como de ti conjeturo,
¿podraste mirar en él
puesto el espejo en lo oscuro?
Di que no, no estés perplejo.
Pues así es la amistad,
porque el amigo más viejo,
en viendo la escuridad
del trabajo, no es espejo.

LISAURO. Candado, ya la amistad
de la corte se retira
al destierro y soledad
que allá reina la mentira
y aquí vive la verdad.
No me espanto que haya hallado
mi desdicha ayuda en ti,
que es tu patria el despoblado,
y á la amistad como á mí
noblemente has hospedado.
Yo he de volver aunque muera
á Venecia, por sacar
mi esposa querida afuera;
trazas sabe el amor dar
para todo.

CANDADO. Esa es quimera.

LISAURO. Muchas hace el firme amante.

CANDADO. Señor, tu intento reporta.

LISAURO. Con un disfraz importante

probaré mi dicha corta,
y si vendo este diamante,
remediaré de algún modo
de mi esposa el mal sin tasa.

CANDADO. A seguirte me acomodo.

LISAURO. Es ciego, por todo pasa
amor y lo abrasa todo. (Vanse.)

ESCENA VI

Salen FULGENCIA y EFIGENCIA.

EFIGENC. Siquiera por el amor
que me tienes, será bien
que treguas tus ojos den
á tu llanto y mi dolor;
mira que tengo temor
que, siendo de ti homicida,
he de quedar combatida
de quien tu fama atropella:
cuando no por mí, por ella
es bien conservar tu vida.
Si el peligroso recelo
de mi padre te acobarda,
no temas, pues, que le guarda
su razón y el justo cielo.
Si te causa desconsuelo
el dejarme á mí en pobreza
desigual á tu nobleza,
eso no te dé temor,
pues para dote el mejor
es tu invencible firmeza.

FULGENC. ¡Ay Efigencia, retrato
del padre que el ser te dió,
su discreción te dejó,
que es de tu virtud ornato!
¿Qué importa que el tiempo ingrato
y aquesta persecución
haya hecho ejecución
en mis bienes, males ya,
pues quitarte no podrá
bienes que del alma son?
Tu discreción resucita
mi esperanza con pensar
que no la puede quitar
el que la hacienda nos quita;
la crueldad nos necesita
de Lelio, mas será vana
su intención necia y tirana,
porque contra su torpeza
es mi honra fortaleza
que por hambre no se gana.

EFIGENC. No digas de Lelio mal,
madre, si me quieres bien,
que, aunque es justo tu desdén,
le tengo amor inmortal.
Cuando casi era su igual
en hacienda y en valor,
del alma le hice señor,
deseando ser su prenda;
hanos quitado la hacienda
y hame dejado el amor.
Sin la hacienda no me atrevo
á decirle que le adoro,
que amor caza con el oro
que en las flechas trae por cebo;
callando su rigor pruebo,
que el amor que está desnudo,

si es ciego, también es mudo,
y si á ti se manifiesta,
una voluntad honesta
es la que obligarme pudo.

FULGENC. Pero ¿qué es esto? ¡ay de mí!
á su combate ordinario
viene mi torpe contrario.

ESCENA VII

Salen LELIO y MARCIO.—DICHAS.

EFIGENC. (Aparte.) ¡Ojalá fuera por mí!

LELIO. Marcio: Fulgencia está aquí,
ya tiemblo y desconfío.
Amado tormento mío,
¿hasta cuándo imitarás
en no volver paso atrás
al tiempo veloz y al río?
En la tormenta aligera,
quien no se quiere anegar,
la nave, arrojando al mar
la hacienda, que su muerte era;
bella ingrata: ¿quién creyera
que echando al mar mi venganza
tu hacienda, menos bonanza
hallara en ti mi deseo,
pues cuando estás pobre veo
que se anega mi esperanza?
Háblame, que me maltratas
en silencio; amada fiera,
dame palabras siquiera,
pues valen hoy tan baratas.
Piedra muda que me matas
callando por que pregone
tu crueldad; mas ¿quién me pone
temor? Seré mi homicida,
(Saca la daga.)
quizá al quitarme la vida
me dirás Dios te perdona.

MARCIO. Lelio, ¿estás loco?

EFIGENC. Señor,
sosegaos, que no sabéis
cuantas vidas quitaréis
si os mata vuestro furor.

LELIO. ¿Qué, no te obliga mi amor
ni su hidalga cortesía,
bronce duro, piedra fría?
Dame una mano no más,
que con ella aplacarás
parte de la pena mía.
Ni que á Lisauro se ofenda
ni que tu honor pierdas pido,
yo te daré á tu marido;
yo te volveré tu hacienda
si me das, hermosa prenda,
una mano.

EFIGENC. (Aparte.) En ella os diera
el alma yo, si pudiera.

LELIO. ¿Qué rigor te enmudeció?
Háblame y dime de no
porque consolado muera.
Si con lágrimas me vengo,
ten lástima de que llora
un hombre.

MARCIO. Acabad, señora.

LELIO. De nuevo á penar comienzo
mi bien, mi mal.

ESCENA VII

Sale LISAURO como mercader con una caja como portugués y muchas cintas de colores, y CANDADO detrás como leñero con un fardo.

CANDAD. ¿Compran lienzo:
Cambray, Ruan, Canigui?
(Aparte á Lisauro.)
Mira cuál ando tras ti.

LISAURO. El amor todo es quimeras.
¿Compran tocas, tranzaderas?
¿Qué es esto, triste de mí?
Lelio mi afrenta procura
y mi esperanza alborota,
y continuada una gota
traspasa una peña dura.

LELIO. Con una mano asegura
mi amor, tu esposo y hacienda.

MARCIO. Dale una mano por prenda
de que tu rigor se ablanda.
(Métase Candado por enmedio de los dos.)

CANDAD. ¿Compran tocas, lienzo, Holanda?

LELIO. Nunca falta quien me ofenda.
Andad con Dios, que no hay
quien lienzo haya menester.

LISAURO. ¿No mandástedes ayer
que os trujese hoy el Cambray?

FULGENC. ¡Ay, cielos!

EFIGENC. ¿De qué es el ay?

FULGENC. Lisauro y Candado son
causa de mi confusión
y de su muerte si aquí
los conocen. ¡Ay de mí!

EFIGENC. Disimula tu pasión,
pues que vienen disfrazados.

LELIO. ¿De qué es, Efigencia, el susto
de mi bien?

EFIGENC. Todo es disgusto
de los presentes cuidados.
Como en los tiempos pasados
se vió tan rica, y ahora
tan pobre se ve que ignora
de dónde puede sacar
dineros para comprar
un poco de lienzo, llora.

LELIO. ¿Por eso no más? Comprara
una lágrima mi amor
derramada en mi favor,
aunque mi hacienda empeñara.
¿Qué hacéis? Ocupad la vara;
comenzá á medir las dos.

LISAURO. ¿Habéislo de pagar vos?

LELIO. Medid; no os dé eso cuidado.

LISAURO. ¿Daréle muerte, Candado?

CANDAD. Midamos, ¡cuerpo de Dios!
y advierte que sin medida
te pierdes, si no reparas
que vendiendo el lienzo á varas
pasas á dedos la vida.

LISAURO. Aquesta, señora, es caza.

FULGENC. (Aparte.) Mi bien: en balde será
la que el interés me da.

LISAURO. Sí, pero mucho adelgaza.

FULGENC. Tiene muy bellaca hilaza.

LISAURO. ¿Quién?

FULGENC. Nuestro perseguidor.